





HIJOS DE
NAZIS





HIJOS DE NAZIS

Tania Crasnianski

Traducción de Silvia Kot

Crasnianski, Tania

Hijos de nazis / Tania Crasnianski. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2016.
240 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Silvia Kot.
ISBN 978-950-02-9949-7

1. Historia Contemporánea. 2. Guerra Mundial. 3. Nazismo. I. Kot, Silvia, trad. II. Título.
CDD 940.531

Hijos de nazis

Título original: *Enfants de nazis*

Autora: Tania Crasnianski

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2016

Traductora: Silvia Kot

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2016

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: noviembre de 2016

ISBN 978-950-02-9949-7

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en noviembre de 2016.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Índice

Prólogo.....	11
Introducción.....	13
Gudrun Himmler, la “Püppi” del nazismo.....	23
Edda Göring, la “princesita del Nerón de la Alemania nazi”.....	49
Wolf R. Hess, el hijo de la sombra del último criminal de guerra.....	77
Niklas Frank, afán de verdad.....	103
Martin Adolf Bormann, el “Krönzi”, o el príncipe heredero.....	133
Los hijos de Rudolf Höss, los descendientes del comandante de Auschwitz.....	155
Los hijos de Albert Speer, el linaje del “arquitecto del diablo”.....	181
Rolf Mengele, el hijo del “ángel de la muerte”.....	207
¿Una historia alemana?.....	231
Agradecimientos.....	239





*A los hijos.
A Satya, Aliocha, Ilya y Arthur.*



Prólogo

Después de realizar profundas investigaciones en los diferentes archivos disponibles, en actas judiciales, cartas, libros, artículos y entrevistas relativas a la intimidad de los dirigentes nazis y de sus descendientes, se ofrecen en este libro ocho retratos de hijos de nazis. Para evaluar la impronta que dejó cada filiación, y contrariamente a otros libros sobre el tema, ninguno de los retratos es anónimo. Por otra parte, algunos de esos hijos han considerado que es más fácil ser la hija o el hijo de tal dignatario que de tal otro.

Quise conocer al principio a todos esos descendientes, pero solo pude entrevistar a Niklas Frank. Algunos protagonistas ya no se encuentran en este mundo; otros no me habrían dicho más que a sus anteriores interlocutores. Algunos de ellos ya no querían referirse a ese tema, y otros, como Gudrun Himmler o Edda Göring, se negaron casi siempre a hablar de ello.

Para que el lector pueda captar la realidad de estas vidas, cada retrato comienza con una escena significativa, en una versión bastante libre.



Introducción

Gudrun, Edda, Martin, Niklas y los otros...

Hijos de Himmler, Göring, Hess, Frank, Bormann, Höss, Speer y Mengele. Son hijos del silencio, hijas e hijos de los criminales responsables de las horas más oscuras de la historia contemporánea.

Pero esa historia no es su propia historia.

Sus padres cometieron el mal absoluto y abdicaron sin vacilar de toda humanidad al declararse en forma unánime “inocentes” de los hechos que les imputaron en el juicio de Núremberg. Pero ¿recuerda la historia que esos hombres también eran padres? Después de la guerra, en un afán colectivo de librarse del sentimiento de culpa, algunos quisieron considerar a los principales jefes del Tercer Reich como únicos responsables de las atrocidades y los exterminios de la Alemania nazi: la población era inocente. “Fue Hitler...”, alegaron, por su parte, esos dignatarios y muchos nazis para eludir su propia responsabilidad.

¿Qué ocurrió con los hijos cuyas vidas reseñamos en este libro? Su herencia común es el exterminio de millones de inocentes por parte de sus padres. Su nombre está marcado para siempre con el sello de la infamia. ¿Hay que sentirse responsable, y hasta culpable, de los actos cometidos por los padres? La historia familiar nos moldea irremediabilmente durante nuestra juventud. Cuando una herencia es tan siniestra, no puede dejar de influir,

aunque se admita generalmente que los hijos no deberían ser considerados responsables de las culpas de sus padres. ¿No se dice acaso que “el padre tiene dos vidas, la suya y la de su hijo”, o “de tal palo, tal astilla”? ¿Qué fue de la vida de los hijos de los dignatarios nazis? ¿Cómo vivieron con una herencia tan macabra?

Interrogado por su nieta judía israelí, un nazi no arrepentido contestó que “es culpable quien se siente culpable”. Y le sugirió, sin inmutarse: “Aléjate de todo eso. Así la vida es mucho más simple”.

Es muy difícil para los hijos juzgar a sus padres. Nos falta distancia y objetividad frente a quienes nos trajeron al mundo y nos educaron. Cuanto más grande es la proximidad afectiva, más complicado es el juicio. De la adhesión al rechazo total, ¿cómo vivir con el pasado familiar, cuando es tan horroroso? Las posiciones adoptadas por los hijos de esos dignatarios nazis fueron, en algunos casos, diametralmente opuestas y en otros, iguales a las de sus padres: pocos de ellos fueron neutrales. Algunos lograron rechazar con firmeza las acciones de sus padres, aunque siguieran amándolos. Otros no pudieron amar a un “monstruo” y negaron ese lado oscuro para preservar un amor filial incondicional. Por último, algunos han caído en el odio y el rechazo. Recibieron la herencia de ese pasado como una bala con la que deben convivir diariamente, que es imposible de ignorar. Algunos no renegaron de nada, otros tomaron el camino de la espiritualidad, otros incluso se hicieron esterilizar para no “transmitir el mal”, o pensaron expiar... ¡masturbándose! Negación, rechazo, adhesión o sentimiento de culpa: conscientemente o no, todos debieron elegir su propia manera de enfrentar su pasado.

La mayoría de esos hijos viven o vivieron en Alemania. Algunos se convirtieron al catolicismo o al judaísmo, e incluso se

hicieron sacerdotes o rabinos. ¿Fue para conjurar su destino, el de haber nacido de un padre criminal? Veamos el caso de Aharon Shear-Yashuv, que se convirtió en rabino del ejército israelí, aunque su padre no fue un alto dignatario del nazismo, ni uno de sus principales ejecutores. Mientras realizaba sus estudios de Teología, Aharon, cuyo verdadero nombre es Wolfgang Schmidt, decidió no ser sacerdote católico, pues no adhería al catolicismo. Él sostiene que su conversión solo está relacionada en parte con el Holocausto y que “el judaísmo se caracteriza por su particularismo en ciertos aspectos, sin duda, pero también por una gran apertura mental. El hecho es que no solo admiten conversos, ¡sino que un converso puede incluso convertirse en rabino y actuar como capellán y comandante en las fuerzas de defensa israelíes!”. Dan Bar-On, profesor de Psicología en la Universidad Ben Gurión, señaló que ese tipo de conversión se debía a la voluntad de unirse a “la comunidad de las víctimas, liberándose del peso de pertenecer a la de los criminales”. ¿Será más bien una manera de huir de su pasado en vez de enfrentarlo? Cuando se les hace esta pregunta a los conversos, las respuestas difieren. Pero la vía espiritual les ha permitido a algunos de ellos sobreponerse a su historia.

Frente a la conjura de silencio de la Alemania de posguerra, que intentaba reconstruirse, los descendientes de nazis han hecho un trabajo considerable sobre sí mismos para construirse.

Mi propio abuelo, militar de carrera en la Fuerza Aérea, que vivía en un pabellón de caza retirado en la Selva Negra, nunca quiso hablar conmigo de ese período de su vida. No fue el único. La sombra silenciosa de la guerra planeó sobre Alemania, y también sobre Francia, durante largos años. Sigue planeando en la actualidad, pero algunas lenguas se soltaron. Durante mi

infancia, todos se sometieron al mandato del silencio. Como mi abuelo, las generaciones posteriores a la guerra evitaban hablar del tema. Algunos optaron por un absoluto mutismo y nunca más mencionaron esa época, por temor a empañar la imagen que tenían de sus padres. ¿Habrían querido saber qué habían sido realmente y conocer su verdadera participación en los años negros de Alemania? Difícil. La transmisión no se llevó a cabo. Para escapar de ese pasado, a los veinte años, mi madre alemana decidió ir a vivir sola a Francia. Siempre había querido ser francesa, y cuando yo empecé a trabajar en este libro, no lo entendió. ¿Por qué ese tema? ¿Por qué seguir hablando de eso? No se suele formular esta clase de preguntas.

De mi triple origen, alemán, francés y ruso, el primero tuvo una influencia particular en mi personalidad. La historia de Alemania se impuso en mi vida. Como dice Anne Weber: “¿Es una carga con la que uno viene al mundo? Está presente desde el principio y no desaparece. Ningún ruso representa el gulag, ningún francés la Revolución francesa ni la colonización: cada uno tiene su historia nacional”. En cambio, se identifica a Alemania con el nazismo.

Mi interés hacia las personas marginadas por la sociedad me llevó a trabajar sobre el tema de la prisión y luego a convertirme en abogada penalista. Esta profesión me dio el rigor necesario, así lo espero, para hablar de los hechos históricos y de la percepción que pudieron tener de ellos los hijos de nazis aquí mencionados. A través de sus ejemplos, intento comprender las implicancias de nuestro pasado en un mundo en el que intentamos desesperadamente ser sujetos.

A veces, es difícil enfrentar la verdad y la realidad. Algunos prefieren respetar los secretos de familia, incluso cuando no los haya

iniciado en ellos un pariente cercano. Y es muy claro que esos líderes nazis no tuvieron la valentía, ni la fuerza de revelarles a sus hijos las atrocidades que cometieron.

La mayoría de los hijos de dignatarios nazis no se cambiaron los apellidos, aunque estos les resultaran molestos. Algunos, como los hijos de Albert Speer o de Martin Bormann, llevan el mismo nombre de pila que sus padres. Matthias Göring, sobrino nieto de Hermann Göring, dice que le gusta su apellido; otros sostienen que el apellido que heredaron no tiene importancia. El hijo de Eichmann dijo: “Huir ante ese apellido no habría cambiado nada. Uno no puede escapar de su pasado”. En cuanto a Gudrun Himmler y Edda Göring, están orgullosas de su patronímico y veneran a sus padres.

“Incluso cuando aplicaba medidas de exterminio, yo llevaba una vida familiar normal... Era sagrada para mí. Me unen a ella lazos indisolubles”, declaró el comandante del campo de exterminio de Auschwitz, Rudolf Höss. ¿Cómo entender esta contradicción? El concepto de clivaje psíquico define la coexistencia en el yo de dos potencialidades contradictorias: es una forma de explicar que los ejecutores hayan podido masacrar a millones de personas mientras llevaban paralelamente una vida familiar normal. ¿Cómo podían esos monstruos besar a sus hijos antes de salir de sus casas para matar o mandar matar a hombres, mujeres y niños, sin la más mínima humanidad? ¿Cómo imaginar a Himmler besando a su “Püppi”, su muñequita, antes de dirigirse a la Kommandantur para firmar la orden de ejecutar a niños, simplemente porque eran judíos?

La opinión pública pretende que se identifique en esos criminales patologías específicas, que explicarían la atrocidad de sus

actos. Pero quienes analizaron este tema nunca lograron encontrar en los ejecutores una personalidad característica. En el juicio a Eichmann en Jerusalén, uno de los psiquiatras encargados de examinarlo dijo que su comportamiento con su esposa y sus hijos, su padre y su madre, sus hermanos, hermanas y amigos era “no solo normal, sino absolutamente recomendable”. Nos gustaría creer que esas personas son monstruos sanguinarios, porque su “normalidad” parece mucho más aterradora. “Los monstruos existen, pero son demasiado pocos para ser realmente peligrosos. Los más peligrosos son los hombres comunes”, decía Primo Levi.

En su controvertido libro *Eichmann en Jerusalén*, Hannah Arendt desarrolla el concepto de “banalidad del mal” y habla de un insignificante funcionario diligente tristemente banal, que no pensaba y se mostraba incapaz de distinguir el bien del mal. No lo disculpa, pero destaca que lo inhumano anida en cada uno de nosotros y que no debemos abdicar de la razón, debemos seguir pensando e interrogarnos siempre para no caer en esa banalidad del mal.

Los hijos cuyas historias se relatan en este libro conocieron una sola faceta de la personalidad de sus padres. La otra les fue mostrada después de la derrota. Durante la guerra, eran demasiado chicos para comprender y hasta para percibir lo que pasaba. Nacidos entre 1927 y 1944, los mayores tenían menos de dieciocho años en el momento de la debacle. De su infancia, solo conservan en general el recuerdo de los verdes pastizales de Baviera. Muchos vivieron en el perímetro protegido de Berghof, el chalet de montaña del Führer, en el macizo de Obersalzberg, al sur de Múnich, cerca de la frontera austríaca. Esa zona aislada y prohibida, reservada al Führer, estaba a salvo de los meandros de

la guerra y sus atrocidades. Más tarde, y durante muchos años, el Tercer Reich simplemente fue eliminado del programa de las escuelas alemanas.

¿Sus padres fueron monstruos? “Con la mejor voluntad del mundo, es imposible descubrir en Eichmann la menor profundidad diabólica o demoníaca, pero tampoco se puede decir que eso sea lo común”, escribe Hannah Arendt en *Eichmann en Jerusalén*. La acusación lo definió como “el monstruo más anormal que el mundo haya visto jamás”, pero Arendt considera que solo era un funcionario anodino, espantosamente normal. “Más normal, en todo caso, de lo que soy yo después de haberlo examinado”, señaló un psiquiatra durante el juicio en 1961. “Nada más alejado de su espíritu que una decisión al estilo de Ricardo III, de hacer el mal por principio”, dice Arendt. Él se definía a sí mismo como un hombre delicado, que no soportaba ver sangre. Ni siquiera fue un fanático con un odio mórbido por los judíos, y tampoco fue víctima de ninguna clase de adoctrinamiento. Lo que lo convirtió en uno de los mayores criminales de su época fue su absoluta falta de pensamiento, que de ninguna manera es lo mismo que estupidez. Esa laguna también se traducía en su incapacidad de ponerse en el lugar de los demás –“Era prácticamente incapaz de ver las cosas desde un punto de vista distinto del suyo”– y en las fallas de su memoria. Eichmann no era capaz de saber ni sentir que había hecho el mal. Había perdido toda conciencia moral. “Hizo lo que hizo, y no pretendía negarlo (...). Pero no se arrepentía de nada”, pues consideraba que “el remordimiento es para los niños pequeños”, señala Arendt. Para ella, solo la inconsciencia hizo que se convirtiera en uno de los mayores criminales de la historia. De todos modos, Eichmann fue culpable de renunciar a ejercer toda conciencia moral.

Sin embargo, todos esos hombres quisieron considerarse seres morales. A pesar de ser el arquitecto de la Solución Final, Heinrich Himmler estaba convencido de haber sido una persona moral. Harald Welzer subraya en su libro titulado *Täter* (*Los perpetradores*) que, durante el Tercer Reich, matar se había convertido en un acto socialmente integrado. La moral asesina propia del nacionalsocialismo permitía que los ejecutores siguieran siendo “correctos” al matar. Por aberrante que nos parezca, el modelo normativo del Reich establecía que era necesario matar por la supervivencia de Alemania, sobre la base de una absoluta desigualdad entre los seres humanos.

Los hijos cuyas historias relatamos aquí juzgaron los actos de sus padres en un marco normativo y moral que había vuelto a cambiar. Algunos legitimaron o justificaron las acciones paternas considerando que, dentro de su marco normativo, sus padres actuaron en forma legítima. Uno de los hijos de von Ribbentrop, ministro de Relaciones Exteriores de Adolf Hitler, dijo sin ambages: “Mi padre sólo hizo lo que creyó que era justo. Si nos encontráramos en las mismas circunstancias, yo tomaría las mismas decisiones que él. Solo fue uno de los consejeros de Hitler, aunque en realidad, Hitler no se dejaba aconsejar por nadie. Lo único que quería mi padre era cumplir con su deber de alemán. Él previó el inmenso peligro que venía del este. La historia le dio la razón”. Igual que él, durante toda su vida Gudrun Himmler consideró que su padre, Heinrich Himmler, había sido “inocente”. Este último habría dicho exactamente eso en el juicio de Núremberg si no se hubiera suicidado antes.

Gustave M. Gilbert, psicólogo norteamericano que estudió los casos de los grandes criminales nazis durante el juicio

de Núremberg, dijo que lo que caracterizaba a esos hombres era la falta de empatía con los demás. Reveló que los verdugos sufrieron menos depresiones que las víctimas, porque estaban convencidos de ser buenas personas que no tuvieron alternativa.

No ocurrió forzosamente lo mismo con sus hijos en el momento de enfrentar el pasado. Cuando ellos se enteraron de la historia familiar, la guerra había terminado, la herejía nazi había sido aniquilada y la legitimidad de la solución del “problema judío” estaba definitivamente impugnada.

En muchos casos, trataron ese pasado en función de su propia infancia. Algunos sentían que su necesidad de amor había sido colmada, especialmente los varones, pero también las hijas únicas, como Gudrun Himmler, única hija legítima del jerarca nazi; Edda Göring, hija del Reichsmarschall, o Irene Rosenberg, hija del teórico del Reich y ministro de los Territorios Rusos Ocupados, Alfred Rosenberg. Las tres, hijas mimadas, siguieron simpatizando con el nazismo y rindiendo culto a sus padres. Muchos descendientes consideraron que su propia historia no era tan difícil de soportar como la del hijo de otro dignatario. Curiosa manera de creer que esa clase de herencia podía ser cuantificable.

Para entender mejor la historia de cada uno de estos hijos, recordaremos el lugar que ocupó cada padre en el nacionalsocialismo, la forma en que su progenitura ha estado impregnada de los ideales de esa época y el papel de las madres en su educación. Para comprenderlos, hay que acotar con la mayor precisión posible su ambiente familiar durante su infancia.

Faltan algunos descendientes de personajes centrales del Tercer Reich en este libro. ¿Es necesario recordar que los seis hijos

de Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda del Reich, fueron asesinados por sus propios padres en el búnker del Führer?

Señalemos que la nieta de Magda Goebbels –hija del hijo que ella había tenido con su primer marido, Günther Quandt– se convirtió al judaísmo a los veinticuatro años. Su primer marido, un hombre de negocios judío alemán, había estado en campos de concentración.

Hitler, por su parte, no tuvo ningún descendiente: “¡Qué problema si hubiera tenido hijos! Terminarían por convertir a mi hijo en mi sucesor. Y un hombre como yo no tiene ninguna posibilidad de tener un hijo capaz. En estos casos, es casi siempre así. Miren el hijo de Goethe, ¡un incapaz!”, dijo.

Más de setenta años después, sigue siendo difícil escribir sobre este tema. A lo largo de este libro, evité juzgar a esos hijos. No se los puede considerar responsables de hechos que no han cometido, aunque algunos de ellos no renegaran en absoluto de los actos de sus padres. ¿Es una defensa del “yo” frente a un pasado insoportable?

Gudrun Himmler es un perfecto ejemplo de ello.

Gudrun Himmler, la “Püppi” del nazismo

Desde 1958, un pueblito de montaña en el bosque de Bohemia, en Austria, recibe todos los años a nostálgicos del Tercer Reich provenientes de toda Europa. En el marco campestre de un antiguo lugar sagrado celta, algunos hombres de cierta edad elegantemente vestidos se reúnen en otoño con sus ex camaradas. Jóvenes neonazis se incorporan a la reunión para conocer a los veteranos. En esa pequeña asamblea compuesta por antiguos nazis y personalidades cercanas a la extrema derecha, todos consideran que los integrantes de la Waffen SS no hicieron más que cumplir con su deber de ciudadanos. Elogian su sentido del sacrificio y a veces llegan a considerarlos víctimas.

En una pensión local, detrás de cortinas cerradas, un hombre declama palabras que glorifican a la gran Alemania. Pretende enardecer a sus oyentes como solía hacerlo en el pasado su maestro de pensamiento. Le gustaría recrear el mismo ambiente y el mismo entusiasmo que suscitaba Hitler en sus discursos en las cervecerías de Múnich. Pasaron décadas, pero los ideales de la asamblea permanecen intactos. Algunos exhiben orgullosos sus condecoraciones militares alemanas de la Segunda Guerra, la Cruz de Hierro o Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, que lleva una cruz gamada en el centro de la insignia. Rememoran con entusiasmo la época de la superioridad

del pueblo alemán, de la comunidad nacional que exigía un total sacrificio de sí mismo, una fidelidad inquebrantable y el abandono de todo sentimiento humanitario hacia los “enemigos interiores”. Esta comunidad de conjurados sigue adhiriendo a la búsqueda de grandeza, a la divisa de la SS: “Nuestro honor se llama fidelidad”.

La invitada de honor no se mezcla con la multitud. Permanece apartada, prefiere recibir a grupos reducidos, rodeada por su corte. Solo algunos privilegiados son invitados a desfilar frente a ella. Con el rostro duro, minado por el tiempo y la acritud, no perdió su elocuencia. Un pequeño rodete reúne sus finos cabellos blancos sobre su nuca y en su camisa exhibe orgullosamente un broche de plata: cuatro cabezas de caballo dispuestas en círculo que dibujan una cruz gamada.

Sus gafas esconden unos ojos pequeños de un azul glacial que aterrizan a sus interlocutores. La idolatran porque es una heredera excepcional de la gran Alemania: la “princesa del nazismo”, Gudrun Himmler.

A la “princesa” le gusta ver desfilar frente a ella a sus partidarios y preguntarles en tono inquisitorial “¿Dónde estaba usted durante la guerra?”, o “¿En qué unidad combatió?”. Su padre le ha enseñado logística militar y ella observaba todo cuando lo acompañaba en sus giras de inspección. Los ex combatientes que desfilan están orgullosos de ser presentados a la hija del mejor ejecutor de Adolf Hitler. Al exponer su identidad y su grado, sienten que reviven la época en la que gozaban de autoridad sobre el mundo. Por un instante, recuperan un poco del orgullo perdido, ya que en su vida diaria se ven forzados a no hablar de su pasado.

“5^{ta} división blindada SS Wiking”, le responde el hombre que acaba de entrar al pequeño salón, intimidado. Ella continúa su interrogatorio: “¿Voluntario, en la Waffen SS danesa?”. “Absolutamente”, le contesta el ex combatiente de sesenta y ocho años. Se trata de Vagner Kristensen, nacido en 1927 en la isla Fionia, en Dinamarca. ¿Por qué tanta deferencia, tanto temor frente a esa pequeña mujer? Durante los años vividos a la sombra de su padre, presente o ausente, ¿adoptó ella sus actitudes, su tono de voz? Ser digna hija de su padre, rehabilitarlo: ese ha sido el objetivo de su vida. Heinrich Himmler solamente tenía ojos para ella, su única hija legítima, y ella se lo retribuye.

Ese día, Gudrun Himmler recibe también al danés Sören Kam, SS-Nr 456059, un nazi involucrado en el asesinato de un periodista antinazi en 1943 y nunca condenado. Refugiado en Alemania, vivió el resto de su vida en Baviera, sin que nadie lo molestara. Su nombre figura en la lista de los criminales nazis más buscados y sin embargo sigue libre. El padre de Gudrun estaría muy orgulloso de ella, de su aplomo frente a esos hombres: él mismo nunca había logrado vencer su sentimiento de inferioridad y sus dificultades para relacionarse.

Cuando era pequeña, le rogaba a su madre que le ocultara a su padre su mal comportamiento o sus tonterías, por temor a decepcionarlo. Siempre estuvo convencida de su inocencia, cree que él no cometió los crímenes que le reprocharon y considera que su condena fue una injusticia total. Durante mucho tiempo quiso escribir un libro destinado a rehabilitarlo y no a “defenderlo”, ya que esto equivaldría a reconocer su culpabilidad. Gudrun siempre estuvo persuadida de que algún día lo nombrarían “como hoy se dice Napoleón, Wellington o Moltke”.

Pero la historia lo ha condenado definitivamente.

Los miércoles a la tarde, su padre solía llevarla con él para realizar su inspección, especialmente a Dachau, el primer campo de concentración de Alemania, abierto en marzo de 1933, que él mismo había creado y se encontraba a pocos kilómetros de Múnich. “Los que llevan un triángulo rojo son prisioneros. Los del triángulo negro son criminales”, le explicaba. Para la niña, todos tenían aspecto de prisioneros: mal vestidos y sin afeitar. Le interesaban más la huerta y el invernadero. “Mi padre me explicó la importancia de las plantas que cultivaban allí y pude arrancar algunas hojas”, recuerda. Ella tenía doce años cuando realizaron esa visita macabra: la huerta le recordaba su infancia en la granja, donde le gustaba ayudar a su madre en el jardín. Una foto inmortalizó esa visita a Dachau. Una niña rubia, con un abrigo negro, sonríe: parece feliz, rodeada por su padre, Reinhard Heydrich, futuro director de la Gestapo, y Karl Wolff, edecán de Himmler, de pie bajo un cartel que indica el lugar de concentración de los prisioneros.

Gudrun siguió el ascenso de su papá con admiración. En agosto de 1943, escribió en su diario: “Papito ministro del Interior del Reich: estoy loca de alegría”. ¡Qué papá tan prestigioso! En una carta enviada en julio de 1942, mientras se dirigía al campo de exterminio de Auschwitz para controlar la puesta en marcha de la Solución Final mediante el uso a gran escala del gas Zyklon B, Himmler le escribió a su esposa con el mayor desapego: “Parto hacia Auschwitz. Un beso. Tu Heini”. En sus cartas, nunca daba detalles sobre sus viajes o sus actividades. Ni una palabra sobre el exterminio de las poblaciones judías. Se limitaba a escribir que tenía mucho trabajo y pesadas tareas que cumplir.

Más tarde, el mismo hombre justificó sus atrocidades con mucha tranquilidad: “No sentí tener el derecho de dejar vivos a las mujeres y los niños judíos, de dejar crecer en esos niños a los vengadores que luego matarían a nuestros hijos y nietos. Eso me habría parecido una cobardía. Por lo tanto, la cuestión se resolvió con claridad”.

Pero la historia no es la de la hija del Reichsführer-SS Heinrich Himmler, amo indiscutido y fanático del aparato represivo del Tercer Reich. En su infancia, los compañeros de Heinrich Himmler decían que era incapaz de matar a una mosca. Cuando fue adulto, se convirtió en el hombre clave de la Gestapo y de la SS, en el centro de la puesta en marcha del sistema concentracionario y del exterminio de los judíos de Europa.

En 1927, en el tren que lo llevaba de Múnich a Berchtesgaden, cerca de la frontera austríaca, Heinrich Himmler conoció a la madre de Gudrun, Margarete Siegroth Boden, una enfermera divorciada. Himmler tenía veintisiete años, era enclenque, miope, de mentón débil y no correspondía en absoluto al ideal ario. Estaba acomplejado por su apariencia física. Su naturaleza débil y su estómago frágil le impedían la práctica del deporte y las cenas demasiado opíparas. Soldado frustrado, desarrolló un amor desmedido por la disciplina y el uniforme, que le dio finalmente una contención. Se le conocieron pocas aventuras con mujeres en su juventud: de hecho, pregonaba los beneficios de la abstinencia sexual. Más tarde, lamentaría no haber tenido más relaciones sexuales cuando era joven. Tuvo su primera relación sexual a los veintiocho años. Margarete, apodada “Marga”, era alta, rubia y de ojos azules. Era protestante y correspondía al ideal de la mujer aria. Para seducirla, Heinrich Himmler la proveyó de lecturas

sobre los masones y sobre la “conspiración judía mundial”. En una Alemania agobiada por la crisis, en busca de un salvador y de chivos expiatorios, Marga no escapaba al antisemitismo ambiente. “Un judío siempre sigue siendo un judío”, dijo de su socio, cuando decidió vender su parte de la clínica en la que trabajaba, después de conocer a Himmler.

El tímido Heinrich le escribía cartas románticas, que a veces firmaba “Tu lansquenete”, denominación de un antiguo soldado alemán, solitario y heroico pero también muy brutal. “Tenemos que ser felices”, le contestaba ella. Pero en esa unión hubo más afecto que amor. Marga, siete años mayor que su marido, nunca fue aceptada por la familia de este. Los Himmler eran católicos: la madre de Heinrich era muy devota y Marga era divorciada, protestante y prusiana, además de nerviosa y torpe en sociedad. ¿No arruinaría la reputación de la familia?, se preguntaban los Himmler. Se casaron en Berlín-Schönberg el 3 de julio de 1928, en ausencia de toda la familia de él, y el 8 de agosto de 1929 nació Gudrun, una niña de ojos azules de 3,625 kilos y 54 centímetros. Sería la única hija legítima de Heinrich Himmler: su “Püppi”, su “muñequita”.

¿El nombre Gudrun hacía referencia al libro que Himmler había leído y adorado en su juventud, *La saga de Gudrun*? Era un elogio de la virtud de la mujer nórdica, por la cual el hombre estaba dispuesto a morir. Como Marga no podía tener más hijos, la pareja adoptó luego un niño, hijo de un soldado SS muerto, pero que no encontró en aquel hogar el amor de una familia. En su diario, Marga escribió que el pequeño era de “naturaleza criminal”, mentiroso y ladrón. Más tarde, lo enviaron a un internado, y luego a una *Napola*, una escuela destinada a formar a la elite del

Reich. Gudrun, por su parte, cumplía a la perfección su papel de niña modelo y su madre repetía en su diario que era cariñosa y gentil: “*Püppi ist liebe u. nett*”.

Después de estudiar Agronomía en la Universidad de Múnich, en 1928, Heinrich Himmler invirtió la dote de su esposa en un criadero de gallinas en Waldtrudering, en las afueras de Múnich. A ambos les gustaba el ambiente rural: Himmler decidió vivir allí con su esposa y su hija. En realidad, su mujer pasaba la mayor parte del tiempo sola con Gudrun. Margarete tenía la pesada tarea de administrar el criadero. Pero las gallinas ponían poco, los pollitos se morían y pronto apareció el fantasma de la quiebra. Margarete estaba cada vez más deprimida y se quejaba de las repetidas ausencias de Himmler, que pronto fueron casi permanentes. A medida que Heinrich se alejaba, Marga se volvió irascible, agresiva y despectiva. En 1933, los Himmler vendieron la granja y se mudaron al centro de Múnich. Himmler, que durante mucho tiempo fue considerado por los altos dignatarios del Partido un “buen hombre, un buen corazón, pero probablemente inconsistente”, se convirtió en jefe de la policía política, y luego, en junio de 1936, fue nombrado oficialmente jefe de la policía alemana en el Ministerio del Interior, al frente del aparato policial del Reich. El Reichsführer-SS Himmler, ese gran inquisidor frío y calculador, a quien Albert Speer definió como “mitad maestro de escuela y mitad un loco de ideas estrafalarias”, pudo desquitarse por fin de sus complejos desarrollando una obsesión de la pureza racial.

Tras un breve paso por Múnich hacia 1936-1937, los Himmler se fueron a vivir a Tegernsee, Alta Baviera. En 1934, Himmler había comprado una casa allí, en Gmund, pero sus responsabilidades dentro del Partido eran cada vez mayores y abandonaba

a su esposa con frecuencia. Empezó a tener una vida sexual más activa y se interesó por los diferentes aspectos de la sexualidad en la sociedad. Admitió que Marga no era culpable por no poder darle más hijos, pero no quería resignarse a la situación. Para él, la monogamia era una “obra de Satán”, inventada por la Iglesia católica, y había que abolirla. Apoyaba su discurso en la prehistoria germánica. El germano libre de raza noble podía contraer un segundo matrimonio, siempre que este le proporcionara hijos. Permitía que sus oficiales con problemas de pareja se divorcieran y vivieran fuera del matrimonio con una segunda esposa. A su juicio, un hombre normal no podía limitarse a una sola esposa durante toda su vida. La bigamia obligaba a las mujeres a superarse. Para algunos jefes SS, la bigamia o la poligamia eran también una manera de mantener la tasa de natalidad, que tendía a disminuir en tiempos de guerra. Por ejemplo, Joseph Goebbels, ministro de Propaganda del Reich, hizo un pacto antes de casarse con su mujer, con la que tendría seis hijos, que le permitiría seguir teniendo relaciones extraconyugales. Con el mismo espíritu, la esposa de Martin Bormann, jefe de la Cancillería del Partido Nazi y consejero de Adolf Hitler, tuvo diez hijos y luego elaboró un sistema de vida por “la causa”, acogiendo bajo su techo a las amantes de su marido. Su objetivo: “Reunir a todos los niños en la casa del lago y vivir juntos”. Los Bormann estaban convencidos de que había una ley que les permitía a los “hombres sanos y de gran valor tener dos esposas... Hay tantas mujeres valiosas condenadas a no tener hijos... ¡También necesitamos hijos de esas mujeres!”. Bormann quería desterrar el término “ilegítimo” y prohibir la expresión “tener un amorío”, en la que veía una connotación peyorativa. Para contrarrestar la baja de la natalidad,

Heinrich Himmler propiciaba legalizar los nacimientos fuera del matrimonio e incluso estimularlos. Así se crearon los *Lebensborn*, centros de procreación para mujeres arias: el primero se inauguró en 1936. Recibía a madres solteras y mantenía los nacimientos en secreto. Por otra parte, para evitar la homosexualidad, Himmler organizaba encuentros entre adolescentes. En su discurso sobre la homosexualidad pronunciado en Bad Tölz el 18 de febrero de 1937, declaró: “Considero necesario hacer que los jóvenes de quince a dieciséis años conozcan muchachas en una clase de baile, en veladas o en ocasiones diversas. A los quince o dieciséis años (un hecho demostrado por la experiencia), el muchacho se encuentra en equilibrio inestable. Si siente un flechazo en una clase de baile o un amor de juventud, está salvado, se aleja del peligro”. Este no era ya el Himmler que, en su juventud, predicaba la abstinencia.

En 1940, Himmler se separó de Marga, pero, por respeto hacia la madre de su hija, decidió no divorciarse. Luego trató de estar lo más cerca posible de su hija, a la que adoraba y amaba por sobre todas las cosas. A pesar de su creciente actividad política y sus innumerables viajes, quería seguir siendo un buen padre y un marido digno. En muchas fotos de su infancia en las que aparecía al lado de su “papá viajero”, como solía llamarlo, “Püppi” era una alemanita perfecta de rostro angelical, rubia, vestida con ropa bávara, con trenzas y a veces con rodete. Su padre solía contarle lo que hacía diariamente, le enviaba fotos y pasaba todo el tiempo que podía con ella. La lectura de la agenda de Heinrich Himmler revela comunicaciones telefónicas casi diarias con su esposa y su hija. Himmler anotaba todo: su cuaderno estaba lleno

de comentarios sorprendentes, como “jugué con los niños” o “conversación con *Püppi*”. Las malas notas de su hija lo ponían furioso. La obediencia, la limpieza y la escolaridad ocupaban un lugar central en la educación de los niños. Él mismo había dado muestras en su infancia de una total obediencia a los adultos. Y siempre había sido un buen alumno. Por su parte, Marga escribió en el diario de infancia de su hija, desde que era muy pequeña, muchos hechos relativos a su buen comportamiento, a su pulcritud, pero también a las dificultades que encontraba para hacerla obedecer. Cuando Himmler iba a visitarla, llevaba a la niña a cazar y paseaban juntos por el bosque.

El Führer desempeñó un papel central en la infancia de Gudrun. En 1935, dos años después de asumir sus funciones, una noche en que la pequeña no lograba dormirse, le preguntó a su madre, angustiada: “¿El tío Hitler también debe morir?”. Cuando su madre la tranquilizó diciéndole que el Führer viviría por lo menos cien años, Gudrun le contestó, con alivio: “No, mamá, yo sé que vivirá doscientos años”. Los Himmler se sentían felices y halagados por la atención que el Führer le dedicaba a su hija. El 3 de mayo de 1938, Marga Himmler anotó en su diario: “Vino el Führer. *Püppi* estaba muy entusiasmada. Fue maravilloso compartir la mesa con él, entre amigos”.

Todos los Años Nuevos, Gudrun visitaba al Führer y este le regalaba una muñeca y una caja de chocolates.

A comienzos de 1938, Himmler inició una relación con una de sus secretarias, Hedwig Potthast, que había entrado a su servicio en 1936. Decidió decírselo a su esposa, por si nacían hijos de esa relación. Conforme a su política de promoción de los nacimientos

ilegítimos –que defendió públicamente en 1940–, tuvo, efectivamente, dos hijos con Hedwig: un varón llamado Helge (1942) y una niña, Nanette Dorothea (1944). El niño, cuyo nombre germánico significa “el santo de raza pura”, no fue el digno descendiente que Himmler hubiera deseado, con una enfermedad crónica de la piel, una salud frágil y una timidez enfermiza.

En 1942, Himmler instaló a su segunda familia en Schönau, en una espaciosa vivienda, la casa Schneewinkellehen, cerca de Berchtesgaden, el feudo del Führer. Hedwig Potthast y sus dos hijos permanecieron allí hasta la ocupación aliada. Hedwig aceptó vivir a la sombra de Himmler con la esperanza de que se reunirían finalmente después de la guerra. Para los Aliados, Hedwig era “un estereotipo de la mujer nazi”. Su carácter era muy diferente del de Marga. Era alegre, amable y se llevaba bien con el entorno de Himmler. Cuando Marga supo de ella, escribió con lasitud en su diario: “Esto solo se les ocurre a los hombres cuando se vuelven ricos y famosos. Si no, las esposas que envejecen deben ayudarlos a alimentarse y soportarlos”. Pero en la correspondencia que mantuvo con su marido, no se encuentra ninguna alusión a esa amante y sus hijos.

Gudrun estaba casi siempre sola. En ausencia de sus padres, la cuidaba la hermana de su madre, Lydia Boden. En 1939, su madre, que quería ser útil a su país, había retomado su actividad de enfermera, especialmente en la Cruz Roja, en Berlín. A veces viajaba a los territorios ocupados, como a Polonia, en 1940, donde no se privó de hacer algunos comentarios: “La mayor parte de esa banda de judíos polacos no tienen ninguna semejanza con seres humanos, y además, la mugre es indescriptible. Poner orden allí es una tarea ímproba”. Y también: “Este pueblo polaco no muere

tan fácilmente de enfermedades contagiosas: están ‘emunizados’ [sic]. Difícil de entender”.

Gudrun, en cambio, permanecía casi siempre en Gmund. En su interrogatorio en Núremberg el 22 de septiembre de 1945, explicó que “durante la guerra, nunca viajábamos. Vivimos cinco años en esa casa y yo iba a la escuela: es todo lo que hice”. En efecto, Himmler no permitió que Gudrun se mudara a Berlín con su madre. Tenía miedo de las incursiones aéreas, que se intensificaban. “Püppi” vivía en la espera permanente del regreso de sus padres, y sobre todo, de las visitas breves y esporádicas de su padre. Padeecía a menudo dolores de estómago: era una niña nerviosa y sus notas escolares eran cada vez peores. Pero seguía con interés la evolución del conflicto. Temía por su padre. En su diario, su madre escribió que la pequeña entendía muchas cosas que no debía saber. En cambio, su padre quería que su madre le explicara la situación, aunque la pequeña no estuviera en edad de entender todo. El domingo 22 de junio de 1941, el día en que Hitler lanzó la operación *Barbarroja*, que significó la apertura de un frente en el este, Gudrun, que en ese momento tenía doce años, le escribió a su padre: “Es espantoso que le hagamos la guerra a Rusia. Eran nuestros aliados. ¡Rusia es taaaan grande! Si tomamos toda Rusia, el combate será muy difícil”.

Al parecer, Gudrun había oído hablar del delirio nazi de un espacio germánico que llegaría hasta los Urales, compartido entre los hombres del Reich, y el 1º de noviembre de 1943, anotó en su diario:

Mis padres compraron un gran trozo de jardín complementario. Detrás del invernadero, sube hasta detrás del bosque... Los detenidos desplazaron el cerco que se encuentra en el jardín actual.

Cuando llegue la paz, tendremos sin duda una propiedad en el Este. La propiedad nos reportará más dinero y eso nos permitirá arreglar la casa de Gmund. Para que los corredores sean más claros y tengamos habitaciones más grandes. La casa de Lindenfycht me pertenecerá más tarde. En tiempos de paz, nos instalaremos también en el Ministerio del Interior. Quizá tengamos también una casa en Obersalzberg. Sí, una vez que llegue la paz, pero para eso falta mucho, mucho tiempo (dos, tres años).

En julio de 1944, Gudrun tomó conciencia de la derrota. Al oír hablar del desembarco en Normandía y enterarse de que los rusos estaban en las fronteras, intentó convencerse a sí misma: “Pero todos creen tan firmemente en la victoria (papá) que como hija de ese hombre ahora particularmente prestigioso y apreciado, estoy obligada a creerlo también y sencillamente lo creo. Sería totalmente impensable que perdiéramos”. Ese mismo mes, Himmler hizo que detenidos del “Kommando Exterior Gmund” de Dachau construyeran un búnker antiaéreo en el jardín de su casa.

Gudrun casi no tenía compañeros para jugar. Su madre no se entendía ni con la familia de su marido, ni con la suya, con excepción de su hermana. Gudrun sufría por vivir aislada con una madre cada vez más irritable. Cuando sus primos, los hijos de Gebhard Himmler, el hermano mayor de Heinrich, fueron a vivir a la casa de ellos en Gmund, el conflicto entre su madre y su tía complicó sus relaciones. Gudrun notó entonces que su madre prácticamente no soportaba a nadie a su lado. En la guerra y durante la debacle, y luego hasta su muerte en 1945, Gudrun solo vio a su padre entre quince y veinte veces. Las visitas de Himmler eran breves, de tres o cuatro días como máximo. Tenía que conformarse

con comunicaciones telefónicas y las cartas que le enviaba regularmente, acompañadas por fotos con dedicatorias. También le mandaba paquetes con ropa y alimentos, como chocolate, queso y golosinas. Un día recibió 150 tulipanes de Holanda. Cerca del final de la guerra, cuando los alimentos eran demasiado escasos y difíciles de conseguir, Himmler lograba hacerles llegar víveres. El 5 de marzo de 1945, Gudrun escribió en su diario:

En Europa ya no tenemos aliados, dependemos de nosotros mismos. Y entre nosotros hay tanta traición. (...) La Luftwaffe sigue siendo mala. Göring, ese fanfarrón, no se ocupa de nada. Goebbels hace mucho, pero siempre quiere figurar. Todos reciben medallas y condecoraciones, menos papá, cuando debería ser el primero en recibirlas. (...) Todo el pueblo lo mira. Siempre se mantiene en un segundo plano: nunca se hace valer.

Gudrun vio a su padre por última vez en Gmund, en noviembre de 1944. Había ido a visitarlo por dos días. La última vez que habló con él por teléfono fue a fines de marzo de 1945, y recibió su última carta en abril. Las conversaciones entre su padre y su madre se referían a lo cotidiano o al frágil estado de salud de Himmler, que sufría desde hacía muchos años de dolores estomacales recurrentes. “Cuando lo vi por última vez, me dijo que esperaba estar de regreso para Navidad, pero que no podía confirmarlo”, declaró la niña ante los Aliados. En abril de 1945, Margarete y su hija tuvieron que abandonar Gmund para dirigirse al sur: se acercaban las tropas norteamericanas... El búnker que Himmler había hecho construir en el área de juegos de la casa por los prisioneros de Dachau no era suficiente.

El 13 de mayo de 1945, Gudrun, que tenía en ese momento quince años, fue detenida junto con su madre cuando estaban refugiadas en Wolkenstein, cerca de Bolzano, en el sur del Tirol. Al ser arrestado en su suntuosa residencia de Bolzano, el general Karl Wolff, Obergruppenführer-SS, ex jefe de estado mayor de Himmler, negoció de este modo: “Déjenme volver a Alemania y les diré dónde se esconden la esposa y la hija de Himmler”. Después de ser interrogadas, ambas fueron llevadas a una lujosa mansión perteneciente a un antiguo productor de cine, donde quedaron detenidas junto con otras prisioneras. Luego pasaron dos días en un hotel de Bolzano, antes de que las trasladaran a Verona por una noche y más tarde a Florencia en avión, con custodia, para protegerlas de una eventual agresión de la población o de los partisanos. Un guardián del centro de interrogatorios inglés de Florencia les aseguró a Gudrun y a su madre: “Si dicen que se llaman Himmler, las harán pedazos”. Comenzaron los interrogatorios. Margarete dio la impresión de haber sido mantenida al margen de las actividades de su marido. Un oficial británico dijo que la mujer se encerró en “una mentalidad de burguesa de provincia”. Gudrun tampoco conocía las actividades de su padre. Aprendió historia a través de los Aliados y la prensa extranjera, al ser encarcelada.

Luego las llevaron a Roma, más precisamente a Cinecittà, templo del cine italiano, donde funcionaba un centro de informaciones del servicio de inteligencia inglés. La esposa y la hija de Heinrich Himmler eran las únicas mujeres, y los Aliados les prepararon una celda ¡en la escenografía de un film de propaganda fascista! Cuatro semanas después de llegar, Gudrun hizo una huelga de hambre para protestar por la comida, que era infame.

Muy rápidamente, se debilitó y tuvo mucha fiebre. El comandante de los servicios ingleses, un tal Bridge, con la ayuda del intérprete de Hitler y de Mussolini, trató de convencerla de que se alimentara. Gudrun ganó: a partir de ese momento, la madre y la hija comieron lo mismo que los oficiales. Luego las llevaron a prisiones de Milán, París y Versalles, durante tres días, y finalmente a Núremberg. “De ahora en adelante, me llamo Himmler. Basta de nombres falsos, basta de mascaradas”, dijo entonces Gudrun. Su presencia en el juicio de Núremberg en 1946 fue inútil: no sabía nada. Cuando le preguntaron si hablaba de la guerra con su padre, contestó: “Con mi padre nunca hablé de la guerra o de esa clase de cosas”.

Gudrun aún no sabía lo que había sucedido con él. Como su madre había dicho que era cardíaca, los oficiales encargados del campo de internamiento consideraron que era preferible no comunicarle enseguida el suicidio de su marido, ocurrido algunos días antes, el 23 de mayo de 1945. Al ser capturado, después de declarar: “Mi nombre es Heinrich Himmler”, había logrado ingerir la cápsula de cianuro que conservaba en su boca. A pesar de la inmediata intervención de los ingleses y un lavaje de estómago, murió doce minutos más tarde.

El 13 de julio de 1945, en diálogo con la periodista de United Press Ann Stringer, Margarete manifestó que conocía las actividades de su marido en calidad de jefe de la Gestapo. Dijo que estaba orgullosa de él y señaló que “en Alemania no se le haría esa clase de preguntas a una esposa”. ¿Por qué odiaba todo el mundo al jefe SS? “Nadie quiere a un policía”. Cuando Ann Stringer le preguntó sobre su captura por parte de las tropas británicas y su suicidio con cianuro, la mujer no mostró emoción ni sorpresa.

Se limitó a cruzar las manos y encogerse de hombros. La periodista dijo que jamás se había enfrentado a un ser tan frío.

Entonces le dije que Himmler estaba enterrado en una tumba anónima –relata Ann Stringer–. Frau Himmler no mostró ni sorpresa, ni interés. Exhibió un control total y glacial de los sentimientos humanos, como no he visto en toda mi vida... Luego le pregunté si era consciente de lo que el mundo pensaba de él. Ella respondió: “Sé que antes de la guerra muchas personas tenían una elevada opinión de él”. Marga se sorprendió al enterarse de que su marido era considerado el criminal número uno: “¿Mi marido? ¿Cómo podría ser si Hitler era el Führer?”.

Por último, cuando Ann Stringer le habló de la muerte de millones de inocentes por la tortura, las cámaras de gas o las privaciones, y le preguntó si eso le daba orgullo, declaró: “Quizá sí, quizá no, todo depende”. Esa mujer no suscitaba la menor simpatía.

Durante su interrogatorio en Núremberg, el 26 de septiembre de 1945, Marga Himmler confirmó que como muchos dignatarios nazis, y conforme a una exigencia de su jerarquía, Heinrich Himmler siempre llevaba veneno consigo. Marga certificó también que ella discutía con su marido sobre la guerra, pero negó haber hablado con él sobre los campos de concentración. “Nunca supe de su existencia. Me entero en este momento”. Cuando el coronel Amen, militar norteamericano encargado de los interrogatorios de Núremberg, le preguntó: “¿Por qué nunca lo interrogó sobre eso?”, ella contestó: “No sé”. Pero ante la pregunta: “Usted sabía que estableció campos en diversos lugares, ¿no es cierto?”, declaró: “Sí, sabía que había algunos, pero no sé quién me lo dijo.

No lo recuerdo, quizá fue él. Yo sabía que los habían construido”. Después de haberlo negado al principio, Marga terminó por admitir que su marido estaba encargado de los campos y reconoció que ella misma había visitado el campo de mujeres de Ravensbrück. Sin embargo, dijo que ignoraba qué sucedía en ellos y recién se había enterado en 1945, por la prensa.

El 20 de agosto de 1945, en ocasión de una entrevista que le realizó a su madre un periodista norteamericano, Gudrun se enteró incidentalmente de que su padre se había envenenado antes de su interrogatorio. El impacto fue tan fuerte que la niña se enfermó: tuvo fiebre muy alta y deliró en su catre de campaña durante tres semanas. Gudrun estaba convencida de que su padre había sido asesinado por los Aliados. Era imposible que hubiera puesto fin a su vida. El comandante inglés que se ocupaba de ella tenía una sola idea en mente: librarse cuanto antes de esa niña molesta. Nadie quería tener una Himmler: no era de ninguna utilidad para los Aliados y se hacía difícil protegerla. La única solución era darle otro apellido. En adelante se llamaría Schmidt. Pero no por mucho tiempo.

Hasta noviembre de 1946, en el marco de los procesos de desnazificación, la esposa y la hija de Himmler permanecieron encerradas en el campo 77 para mujeres de Ludwigsburg. Cuando el comandante del campo les ofreció la libertad, Margarete se negó a partir, porque no tenía un céntimo, temía que la lincharan y no sabía adónde ir. Finalmente, fueron recogidas por el pastor Bodelschwingh, en un convento-hospicio protestante, donde las inscribieron como débiles mentales. Las religiosas intentaron acercarse a Gudrun, que mantenía su distancia con la comunidad y repetía sin cesar: “Quiero permanecer como mi

padre”, es decir, católica. Himmler, un ferviente católico en su juventud, se había alejado luego de la Iglesia, pero siguió rezando todas las noches con su hija. Las religiosas jamás vieron llorar o reír a esa niña. Gudrun y su madre dejaron el convento en 1952.

¿Qué conciencia tenemos a los quince o veinte años de lo que nos rodea? Sin una visión de conjunto ni reservas, Gudrun adoraba a ese padre cariñoso que, por su parte, estuvo convencido, hasta el final, de haber sido una persona moral. Solo la concepción específica del nazismo, basada en la idea central de una desigualdad absoluta entre los seres humanos, les permitió a esos hombres considerarse a sí mismos morales, mientras despreciaban la moral universal. Pero cuando Gudrun descubrió las atrocidades de su padre, ya no pudo reivindicar la moral particular del Tercer Reich.

En 1947, intentó ingresar a una escuela de artes aplicadas, pero el director rechazó inmediatamente su pedido de inscripción al ver su apellido. Cuando le preguntaron cuál era la profesión de su padre, respondió con aplomo: “Mi padre fue el Reichsführer-SS”. De todos modos, logró inscribirse al siguiente semestre tras la intervención del jefe del Partido Socialdemócrata de Bielefeld, que consideró que no podía castigarse a toda una familia: “Nuestra joven democracia no hace sufrir a los hijos por las culpas de sus padres”. Gudrun decidió entonces formarse como costurera e inició su aprendizaje con una modista. En los años cincuenta, se alejó de su madre y fue a vivir a Múnich, donde trató de conseguir un trabajo. Tenía veintiún años. Cuando se enteró de la existencia de su medio hermano y su media hermana, intentó contactarse con ellos, pero sin éxito. La amante de Himmler, Hedwig Potthast,

se opuso a ello. Se conoce poco de la vida de esta después de la guerra, pero se sabe que se fue de Baviera y se instaló en las inmediaciones de Baden-Baden, en la Selva Negra. Vivió allí cerca de una de sus amigas, Sigurd Peiper, ex secretaria del estado mayor personal del Reichsführer SS, cuyo marido estaba preso por crímenes de guerra. Más tarde, Hedwig se casó y cambió su apellido. De sus hijos no se sabe casi nada. Fueron a la escuela en Baden-Baden y vivieron en el más absoluto anonimato. Por sus problemas de salud, el hijo natural de Himmler se quedó a vivir con su madre; su hija se recibió de médica. Hedwig Potthast murió en Baden-Baden en 1994.

Cada vez que Gudrun pronunciaba su apellido, Himmler, caía inmediatamente una sanción sobre ella: la despedían de su trabajo o la echaban de su vivienda. Pero ella quería conservar el apellido de su padre. Sus colegas de trabajo y los clientes de los establecimientos en los que trabajaba se negaban a estar en contacto con una Himmler.

En 1955, viajó a Londres y participó en una velada organizada por Oswald Mosley con Adolf von Ribbentrop, el hijo del ministro de Relaciones Exteriores de Hitler. A su regreso, manifestó con orgullo que había conocido a muchos fascistas. Esta publicidad le valió el inmediato despido de la pensión en la que trabajaba, a orillas del Tegernsee. Un cliente se enteró de que la joven de la recepción era la hija de Heinrich Himmler y protestó: “¿Cómo puedo permitir que me atienda esa joven, cuando a mi esposa la asaron en un horno de Auschwitz?”. Gudrun convirtió su pequeño apartamento de la Georgenstrasse, en las afueras de Múnich, en un verdadero museo en honor de su padre: cuadros,

condecoraciones, bustos, fotografías y toda clase de objetos coleccionados desde su más tierna infancia. Buscó en toda Europa, a veces con la ayuda de ex nazis que conservaban algunas reliquias. Empezó a trabajar como secretaria y llevó una vida sencilla dedicada a su amado padre: nunca pudo imaginar su participación activa en una de las peores atrocidades de la historia. Siempre lo defendió, incapaz de decidir entre su amor filial y el monstruo SS, el fanático obtuso, el que ordenó y ejecutó la Solución Final. Está íntimamente persuadida de que algún día aparecerán elementos para exculparlo. Las pruebas irrefutables que le presentan no son suficientes para ella. El particular vínculo que mantenía con su padre explica su ceguera. Es difícil tener sobre esto una posición definitiva, porque ella siempre se negó a expresarse en forma directa. En toda su vida, dio una sola entrevista: en 1959, al periodista Norbert Lebert.

Años más tarde, el hijo de este periodista, Stephan Lebert, utilizó las entrevistas hechas por su padre en su libro *Tú llevas mi nombre*. Señaló que los hijos de nazis como Gudrun, que hicieron un culto a la gloria pasada de su padre, basaban en ello su confianza en sí mismos. Esos hijos no lograban reconocer que su familia representaba una pesada carga. Gudrun solo veía en su padre al buen jefe de familia: se enteró del otro aspecto de su personalidad a través de la prensa y los libros. Para muchos de esos hijos, negar las informaciones exteriores a su experiencia personal parecía el único camino posible. Cualquier otro sería traición. Además, el rechazo que debió enfrentar Gudrun a lo largo de toda su vida pudo haberla llevado a considerarse ella misma como víctima de una injusticia, prolongando así el destino de su padre.

En 1951, Gudrun ingresó a la asociación *Stille Hilfe für Kriegsgefangene und Internierte*, Ayuda Silenciosa para Prisioneros de Guerra e Internados. Al principio, esa asociación fue presidida por la princesa Helene Elisabeth von Isenburg, que aprovechó sus contactos en la alta burguesía y sus vínculos con la Iglesia. Un abogado, Rudolf Aschenauer, se encargaba de la asistencia jurídica de los criminales apoyados por esa organización. Según los términos de la princesa von Isenburg, el objetivo era responder a las necesidades de los prisioneros de guerra y los internados, que, a su juicio, estaban privados de todo derecho. El grupo también apoyaba a los acusados y prisioneros en el marco de los juicios que se realizaron después de la guerra, tanto los encerrados en las prisiones de los vencedores, como en las cárceles alemanas. A la princesa Helene Elisabeth von Isenburg le gustaba considerarse una madre para los criminales nazis encarcelados en la prisión norteamericana de Landsberg, en Baviera. Hitler había estado nueve meses detenido en esa cárcel, en 1924: allí escribió *Mein Kampf*.

En 1952, Gudrun contribuyó también a la creación de la *Wiking-Jugend*, o Juventud Vikinga, sobre el modelo de las Juventudes Hitlerianas, la *Hitlerjugend*. La organización fue prohibida en Alemania en 1994.

El núcleo duro de *Stille Hilfe* tenía de veinte a cuarenta miembros y un centenar de simpatizantes. La asociación apoyó también a los criminales en fuga. Adolf Eichmann, Johann von Leers e incluso Josef Mengele se beneficiaron con estas *rat lines* –redes de escape de nazis–, para tomar el término que usaban los Aliados. Todos pudieron llegar a América Latina gracias al firme apoyo de los miembros de *Stille Hilfe*. Klaus Barbie, apodado el

“carnicero de Lyon”, también tuvo la ayuda de esta organización. Andrea Röpke y Oliver Schröm, autores del libro *Una cofradía tenebrosa: la red secreta de nazis y neonazis*, señalan que Stille Hilfe no se dedicaba solamente a los antiguos miembros del Partido Nacionalsocialista, sino que reunía dinero en forma oficiosa para el movimiento neonazi.

Cuando algunos periodistas trataron de interrogar a Gudrun Himmler sobre este tema, su respuesta fue lapidaria: “Nunca hablo de mi trabajo. Solo hago lo que puedo, cuando puedo”. En el marco de sus actividades, ayudó especialmente a Anton Malloth, el Oberscharführer-SS del campo de concentración de Theresienstadt, uno de sus guardianes más crueles y temidos, seguramente amigo de su padre. Durante más de cuarenta años, Malloth vivió en Merano, Italia, sin que nadie lo molestara. Fue extraditado a Alemania en 1988. Por motivos de procedimiento, recién fue condenado en 2001, por el tribunal de Múnich, a prisión perpetua. Durante esos años, Gudrun Himmler fue su principal sostén. Stille Hilfe le encontró un lugar en una lujosa casa de retiro, construida en una parcela de terreno que, en la época del Tercer Reich, le había pertenecido al delfín de Hitler, Rudolf Hess. En 1990, la revelación de que la administración de la Seguridad Social (y por lo tanto, el dinero de los contribuyentes alemanes) había financiado en gran parte la permanencia de Malloth en ese establecimiento suscitó fuertes críticas, dirigidas especialmente contra Gudrun Himmler. Fiel y decidida, ella lo visitó dos veces por mes hasta su muerte, en 2002.

Gudrun vive retirada del mundo, porque su posición con respecto a su historia familiar no es tolerable para la sociedad. Su actuación en organismos de ayuda a los ex nazis y su apoyo

a la extrema derecha alemana demuestran que no solo pretende rehabilitar a su padre, sino que también impulsa sus funestos ideales.

En los años sesenta, Gudrun se casó con un simpatizante nazi, el escritor Wolf-Dieter Burwitz, funcionario de la administración bávara. Él aceptaba la filiación de Gudrun y adhería a los ideales de su padre. Vivían en una enorme casa blanca, en las afueras de Múnich, en Fürstenried. Uno de sus hijos es abogado fiscal en Múnich.

En 2010, Stille Hilfe intentó evitar que se extraditara a Klaas Carel Faber, nazi holandés, a su país de origen. Los tribunales neerlandeses lo habían condenado en 1947 por el asesinato de veintidós judíos y resistentes durante la guerra.

Gudrun también sería una militante del NPD, Partido Nacionaldemócrata de Alemania, de extrema derecha. Al parecer, le gusta que la homenajeen, como sucedió en el encuentro nazi de Ulrichsberg, en el norte de Austria. Quizá piense que, haga lo que hiciere, todo la lleva a esa herencia que la obsesiona y, en ese caso, objetarla de ninguna manera borraría la fatalidad de su destino. Ella optó por no enfrentar esa carga, renunciando a ejercer toda conciencia moral, como su padre. ¿Es posible que la hija de Himmler no haya tenido ningún sentimiento de culpa cuando su sobrina nieta, Katrin, dijo haber sufrido a menudo “un sentimiento tan opresivo como inexplicable de culpa”? A veces, el sentimiento de culpa puede saltar una generación. Katrin Himmler se casó con el descendiente de una familia judía del gueto de Varsovia. Cuando se convirtió en madre, escribió un libro titulado *Los hermanos Himmler*, en el que se refirió a su historia familiar. Desde muy joven, tomó conciencia de las atrocidades

cometidas por los nazis, pero, como otros alemanes, durante mucho tiempo tuvo dificultades para analizar a su propia familia. A su juicio, las defensas mentales son demasiado fuertes cuando se trata de personas muy cercanas: “Es un proceso muy duro, constantemente amenazado por la angustia de abandono”. Por haber tomado un camino tan diferente, no mantiene ningún contacto con Gudrun Himmler.

En el caso de los hijos, las defensas mentales son, en efecto, muy fuertes. Gudrun Himmler siempre se caracterizó por su total falta de perspectiva frente a la figura paterna y por su papel activo en la supervivencia de la ideología nacionalsocialista. Su adhesión y su contribución a la ideología nazi es una forma de rendir homenaje a la memoria de su padre.

